

desconchados daba vueltas á un torreón y conducía á las celdas. Subieron y se encontraron á ocho metros de altura en una pequeña rotonda que daba al dormitorio, aun bien conservado, con sus pilares macizos que ya no soportaban la bóveda demolida.

— Acaso no es prudente permanecer aquí, dijo Celina.

— ¿ Por qué? contestó Valentín riendo.

— Puede desprenderse alguna piedra de las paredes.

— La misma hiedra las sostiene. Vea usted cómo sabían los frailes escoger sus moradas. ¿Puede verse sitio más encantador? El río á sus pies para la pesca; el bosque á su alcance para la caza, y todo alrededor pueblecillos que les pagaban tributo... ¡ Y qué calma! ¡ Qué paz! ¡ Aquí se vivía! ¿ no es verdad?

— Renunciando á los bienes del mundo... dijo la joven sonriendo.

— Yo renunciaría á todo menos á la mujer que amo.

— ¡ Oh! Cuando se tienen tantas, no se tiene ninguna.

— Bien sabe usted que, en ese caso, no tengo más que una.

Se aproximó á ella y, al lado de la ventana en ruinas, la estrechó contra su pecho. Celina quiso rechazarle y dijo:

— Vamos, déjeme usted marcharme. Sea usted juicioso.

Valentín se había puesto muy pálido y sus ojos brillaban. La joven tuvo miedo y trató de evadirse por delante de él; pero Valentín la cogió y la levantó en sus brazos. Celina arrojó un grito que él ahogó con los labios. Sintió á la joven gemir y revolverse en desesperada lucha, cuando una ancha tabla cubierta de líquenes y gramíneas quemadas por el sol, antigua mesa caída en el polvo, les hizo tropezar. Celina intentó todavía desprenderse, luchar, pedir socorro, pero bajo aquel cielo abrasador, en la soledad de aquel lugar pacífico, cerca de aquel hermoso joven del que tanto había huído, una especie de locura se apoderó de ella y con una embriaguez que indicaba tanto amor como odio, se abandonó.

Cuando se atrevió á abrir los ojos y se encontró en los brazos de Valentín, se irguió presa de un terror indecible. Los dientes apretados no le permitieron decir una palabra, pero una expresión de desesperación se pintó en su semblante. De pronto se impulsó hacia el vacío, hacia la muerte, pero Valentín la contuvo y la estrechó con fuerza. Entonces, desesperada, impotente, no pudiendo matarse, quiso matar á su tiránico cómplice y cogiendo una piedra le hirió con toda su fuerza en la cara. La sangre brotó. Valentín no había hecho

ni un movimiento y esperaba el segundo golpe. Pero aquel esfuerzo había agotado la energía de Celina, que vaciló y apoyada en la pared, permaneció inmóvil, estupefacta por su falta, sin comprender lo que había hecho hiriendo á Valentín que la miraba sonriendo y se enjugaba la sangre de la herida. Un ruido de pasos en las ruinas les volvió á la realidad. Era Dauziat que llegaba por el otro extremo de la rotonda, con mil precauciones porque á cada momento rodaban las piedras bajo sus pies.

— ¡Dios mío! exclamó aproximándose; tiene usted la frente llena de sangre, querido conde.

— He caído al subir esa escalera, dijo Valentín. La señora Clement me ha creído muerto y por poco se desmaya. He tenido miedo por ella más que por mí.

— Bajemos; abajo encontrará usted agua fresca. Pero debe usted sufrir mucho...

Valentín miró á Celina y dijo :

— No

La joven le siguió como una sonámbula. Dauziat bajó el primero por la insegura escalerilla, y mientras Celina tanteaba con la punta del pie las piedras carcomidas, sintió que Valentín, con diestra mano, quitaba los fragmentos de musgo adheridos al paño de su falda; ligero contacto que la hizo estremecerse; precaución tierna que la apretó el

corazón. ¿ De modo que, en adelante, por un instante de debilidad — porque había abusado de ella, la había violentado; ella no había consentido, — aquel hombre tendría el derecho de ocuparse de ella, de tocarla, de darse aires de dueño? Eso no podía ser; no quería que fuera. Y á ese pensamiento su cerebro se sentía poseído de tal furor, que se sentía capaz de un estallido, de un insulto público, de una violencia irreparable.

Celina iba detrás de Dauziat dando vueltas en su cabeza á estos proyectos locos. Sin embargo, en el fondo de su alma se hacía oír una voz que decía : « Bien sabes que lo que ha sucedido era inevitable. Te amaba, te perseguía hacía mucho tiempo y tú no le esquivabas sino lo estrictamente necesario para ponerte á salvo de un peligro inmediato y no para cortar de raíz toda tentativa. Has jugado con el fuego; has sido coqueta y has caído en el lazo. Si alguna acusación tienes que hacer, es á ti misma. Los hombres, bien lo sabes, no tienen ningún escrúpulo y no se dejan guiar más que por su placer. No podías esperar ninguna generosidad. ¿ De qué te quejas? » Pero á pesar de estas duras advertencias, Celina continuaba lamentando — ¡ oh! con toda su alma — su carne sometida, su pudor hollado, su orgullo vencido.

Preciso le fué desarrugar la frente é imponer un aspecto sonriente á su cara. Llegaban al sitio

en que esperaban los caballos custodiados por un lacayo. Celina se vió precisada á empapar su pañuelo en el arroyo y lavar ella misma la herida que había causado, y ante las miradas de Dauziat, tuvo que disimular su vergüenza, tragarse su rabia y afectar dulzura é interés curando á Valentín, cuando hubiera querido asesinarle y huir en seguida.

— ¡Bah! eso no es más que un coscorrón sin gravedad; no morirá usted de esta, dijo el literato riendo.

Montaron á caballo y se volvieron á Argentray, donde la señora de Coutras y sus compañeros charlaban pacíficamente, bajo el emparrado, esperando á los excursionistas. Acogieron con tranquila conmiseración el relato del conde, cuyo accidente explicado por él mismo perdía todo interés, y como tenían que hacer una larga caminata para volver á la Chapelle-Sauvigny, emprendieron la marcha. Por la noche Federico dijo que su mujer tenía una gran jaqueca y se quedaba en su habitación.

— Eso es lo que tiene correr á caballo todo el día con un sol terrible, murmuró el señor Eliphas.

— La culpa es mía, dijo la condesa. La propuse volver en el coche con nosotros, y cuando no quiso debí obligarla.

— Puede ser que la señora Clement se alterase

demasiado al ver caer al conde, en las ruinas, y levantarse con la cara ensangrentada, dijo Dauziat.

— ¡ Ah! ¿ mi nuera ha ido á los Camaldulenses?

— Yo también, y Ferraud. Yo soy quien encontró al señor Coutras medio muerto y á la señora de Clement casi desmayada.

Eliphas lanzó una ojeada á Valentín, que permaneció impassible, y repentinamente taciturno, no tomó ya parte en la conversación que Redel sostuvo casi solo. La señora Mossler había hablado de la guerra y de las empresas de su marido cuando era agente de Gambetta, y el coronel había descrito el aspecto de aquellos ejércitos de provincia, hambrientos, tiritando de frío, á veinte grados bajo cero, con sus delgadas esclavinas de paño, mientras que los prusianos, vestidos como boyardos y hartos de comer, se calentaban en el incendio de las aldeas. Después se habló de la retirada de Vendome con sus combates de la retaguardia, del cuerpo de ejército del almirante Jaureguiberry, y del viejo marino, trotando en un caballejo entre sus líneas de tiradores, que se retiraban tranquilos, intrépidos, imponentes con su incansable firmeza. Federico Clement preguntó, con aire de desconfianza, si el país estaba mejor preparado en la actualidad y si la resistencia sería posible, y el coronel dijo, animándose:

— Sí, ciertamente; estamos en condiciones de

defendernos. Todo dependerá de los primeros encuentros. Si tenemos ventajas al principio, estaremos antes en el Rhin que los alemanes en Nancy. Si somos vencidos al empezar.... ¡Oh! entonces la lucha será sin cuartel. El alma francesa está mejor templada que el alma alemana y soportará bien un gran peso de desastres. Lo ha probado en 1871. Jamás los alemanes hubieran tenido en la derrota la abnegación de semejante esfuerzo. La guerra futura será de tal modo espantosa, tan mortífera, tan abundante en ruinas de todas clases, que no creo que nuestros enemigos la soporten mucho tiempo. Y será preciso hacerlo así. Será una guerra de duración, en la que se sucederán los reveses y las victorias. Ahora bien, á los generales alemanes les costó gran trabajo en 1871 llevar al combate unás tropas victoriosas; preguntadles lo que podrían esperar de sus soldados vencidos....

— Sí, dijo Federico; el corazón no faltará, eso es sabido. Pero ¿y el estómago? ¿Se comerá? ¿La intendencia cumplirá su deber que es alimentar á las tropas y no hacerlas ayunar?

— ¡Bah! dijo Redel con descuido; los soldados franceses se han batido siempre con el vientre vacío. En Malplaquet se les acababa de repartir el pan en el momento de trabarse la acción, y le tiraron para correr más de prisa al fuego... Esto no quita que yo encuentre indispensable, llegado

el caso, fusilar al frente de las tropas uno ó dos de esos señores, para dar exactitud á los demás.

— ¡Ah! Esas cosas no se hacen nunca...

— Napoleón no vacilaba en hacerlas y así estaba tan bien servido.

— Seguramente hay en alguna parte un hombre capaz de hacer el mismo papel, pero faltan las circunstancias en las cuales pudiera revelarse. Para tal planta hace falta un terreno preparado. Nunca la democracia suspicaz y celosa que ahora es dueña del poder, sufrirá que un general se ponga en evidencia. Todavía está espantada con Boulanger. Sería precisa, pues, una guerra para que surgiera un hombre providencial que, en la locura que la victoria produciría en el país entero, se apoderase de la dirección de los negocios. Y aún no es seguro que los representantes del pueblo no intentasen derribarle ó suprimirle. Hay todavía setas de las que mataron á Hoche...

— Hoche fué, en todo caso, envenenado por los vandeanos...

— También se ha dicho que fué por Bonaparte.

La conversación se descarriló completamente y se perdió en anécdotas poco auténticas. Al levantarse de la mesa, Valentín sintió un verdadero alivio instalándose en la sala de fumar, donde pudo recostarse en una butaca y cerrar los ojos pensando en su aventura. Su decepción había sido grande

al saber que no vería á Celina aquella misma noche. Estaba ilusionado por la idea de encontrarla en el salón, de sentarse á su lado y mirarla, respirarla y expresarla, envueltas en palabras insignificantes, mil ternezas que ella sola comprendería. La ausencia de la joven le producía una turbación indecible; como una sensación de vacío; como si se encontrase siendo un extraño entre sus convidados; y sentía una desanimación profunda, presintiendo que aquel propósito de evitarle era la primera manifestación de una resistencia que no podría vencer.

Todos sus amores, hasta entonces, habian sido fáciles. Tan sólo había conocido señoras Bourdón que no se defendían más que para capitular en mejores condiciones. Las repulsas le dejaban asombrado, y acaso no había deseado tanto á Celina sino porque ésta le tenía á cierta distancia. Pero fuerte ya, después de haberla poseído, la deseaba con un ardor singular que nunca había sentido y sólo pensaba en el momento de volverla á ver, de hablarla, de hacerla conocer sus deseos y sus esperanzas. La velada fué corta. Todos los habitantes de la casa estaban cansados por la expedición del día. Valentín se retiró pretextando sus contusiones y se encerró en su cuarto.

Á la mañana siguiente bajó á eso de las diez y tuvo la contrariedad de saber que Celina se había

marchado á París con su marido. Decididamente huía de él y esto le causaba un profundo descontento. Aquel niño mimado á quien todo había sonreído, se irritó ante el pudor de una mujer y no le comprendió. Necesitaba la satisfacción de su capricho, en seguida y sin restricciones. No le cabía en la cabeza que una mujer á quien había poseído, pensase en resistírsele en adelante, y en la agitación de espíritu en que las veleidades de Celina le ponían, poco le faltaba para acusarla de necia. Se prometió tener una explicación con ella de las más terminantes, aquella misma noche.

Pero no tuvo esta satisfacción. La mujer de Federico permaneció en París con su marido, al que retenía en la capital un importante negocio, y tardó cuatro días en volver á la Chapelle-Sauvigny. Ninguno de los huéspedes pudo observar el furor que embargó á Valentín mientras esperó á la joven. Mostró un semblante alegre y al oír que la señora Mossler se extrañaba de que permaneciese tanto tiempo sin ir á dar una vuelta por París, contestó con agradable sonrisa que la calma de los campos le sentaba á las mil maravillas y que no comprendía cómo no había gozado más de ella hasta entonces.

Por fin tuvo la satisfacción de ver que entraba en el patio del castillo el coche que había ido á buscar á los señores de Clement y que bajaba de

él, esbelta y ligera, aquella á quien esperaba hacia tanto tiempo. La observó, sin que ella lo notase, desde una ventana de la sala de fumar, y vió que no estaba nada cambiada, que parecía muy tranquila y que vigilaba con entera calma la operación de bajar del coche sus efectos. No quiso, por el pronto, presentarse delante de ella, pensando que su prisa podría ser mal interpretada y se prometió verla en la velada. Pero el tiempo pasó lentamente sin tener en cuenta la impaciencia de Valentín, y éste, que llegaba siempre el último al salón, fué aquella noche el primero y dió conversación á su madre, lo que la colmó de gozo, pues no estaba acostumbrada á semejantes favores.

Al fin, á las siete, se presentó Celina. Fué á besar á la señora Mossler, dió un apretón de manos á la condesa y, al pasar por delante de Valentín, le tendió la mano, que él no sintió estremecerse en la suya. Estaba tan á sus anchas como si nada hubiese ocurrido. Miró con sus hermosos ojos á Valentín y éste no vió en ellos ni el más leve reflejo de cólera. Lo había olvidado todo completa y profundamente. El joven sintió un acceso de furor. «¿ Creerá, pensó, que va á escaparse? ¿ Imagina que tiene que habérselas con un idiota y que me voy á dejar aturdir por sus malicias? Va á ver que á mí no se me paga con esa moneda; yo la volveré á llevar al punto en que quedó nuestro

asunto y no tardaré. » Después pensó que acaso aquel disimulo no era más que táctica con el objeto de despistar acerca de sus sentimientos á las personas que los rodeaban, y que, una vez sola con él, cambiaría de actitud.

Se calmó y aplazó sus resoluciones, limitándose á observar á Celina que jamás había estado más bella ni más seductora. Una especie de lánguida dulzura parecía implorar en ella indulgencia. Parecía decir: «¿ Quién será bastante duro, bastante brutal, para atormentar á un ser, como yo, débil y dulce? ¿ Quién tendrá ese valor? decidme, vosotros, los que me estáis mirando. Y usted mismo, Valentín, ¿ cómo puede pensarlo? » Detuvo por dos veces la mirada en él y el joven creyó leer en ella súplicas apremiantes. Se puso entonces frío y suspicaz y volvió á todas sus desconfianzas. Pensó que Celina estaba representando una comedia para moverle á piedad; no comprendió las angustias que la agitaban y no pensó en el apasionado agradecimiento que era capaz de dedicarle si se prestaba noblemente á aquel olvido de su falta que ella deseaba imponerle. Ni por un momento hizo la causa de la joven contra sí mismo ni pensó más que en abusar de la situación en que se encontraba.

Después de comer, maniobró hábil y pacientemente para acercarse á ella, mas la joven hizo

fracasar todos sus esfuerzos con un ardor que indicaba cuánto deseaba evitar una entrevista con él. Pero Valentín tenía sobre ella la superioridad de la audacia y por un movimiento imprevisto logró bloquearla en un rincón del salón, entre dos plantas, que les ocultaban y una mesa llena de álbumes que impedía llegar hasta ellos. La tuvo allí prisionera, pero absolutamente dueña de sí misma, como lo indicaban la arrogancia de su actitud y la palidez nerviosa de su semblante. Valentín no perdió el tiempo en preámbulos y abordando desde luego la cuestión capital:

— Celina, dijo á media voz y como si hablase de cosas indiferentes, ¿por qué ha estado usted cuatro días lejos de mí?

Ella le miró de alto abajo con aire altanero y dijo:

— ¿Tengo que dar á usted cuenta de lo que hago? He aquí una pretensión nueva é inesperada.

— Si usted no hubiese huído de mí, no tendría que preguntarla. La actitud de usted para conmigo me da el derecho de hablarla así.

— Ni usted tiene ningún derecho ni yo he huído. La actitud que tengo es la que conviene.

— ¿Quiere usted, pues, tratarme como enemigo?

— Sí, si trata usted de algún modo de limitar mi libertad.

— Usted, sin embargo, no podrá hacer que lo ocurrido no sea un hecho.

— Está usted en un error; lo haré.

Á esta declaración tan rotunda y que tomaba más fuerza todavía dicha muy bajo y en tono jovial, Valentín se estremeció de cólera y replicó con los dientes apretados:

— ¡Cuidado! Usted es mía y nada podrá hacer que no lo sea. Antes, destruiré todo cuanto nos rodea.

Celina se levantó como impulsada por una fuerza invencible, y dijo, mirándole con sonrisa intrépida:

— Ya puede usted empezar.

Y pasando impasible por delante de él, fué á sentarse al lado de la señora Mossler. Valentín oyó este fragmento de diálogo entre las dos mujeres:

— ¿Qué decía á usted ese loco?

— Tonterías, respondió Celina.

— De manera que ha salido usted derrotada...

— No, á fe mía. No le temo ya. Solamente me cansa un poco.

La rabia que se apoderó de Valentín al oír aquella bravata fué tan violenta, que se levantó para ir hacia Celina, pronto á cogerla en sus brazos sin pensar en lo que debía suceder. Dió cuatro pasos en el salón, como delirante y con la

cara tan alterada que vió los ojos de la joven agrandarse de espanto y temblar sus labios. El hecho de que tenía miedo y no le despreciaba tanto como quería decir, calmó repentinamente la exasperación de Valentín, que pensó : « Ha querido afectar audacia, pero no está tan segura de sí misma que no pueda llegar un momento en que la tenga á mi discreción. ¿ Para qué, pues, perderlo todo en un momento ? » Se puso risueño y en lugar de lanzarse sobre Celina en actitud violenta, como su movimiento amenazador podía hacer temer, se aproximó con un aplomo perfecto y dijo :

— No se sabe, en realidad, cómo complacer á usted. Está uno serio y se queja usted de que se la aburre. Está uno alegre y protesta porque se abusa de su indulgencia. Me parece que lo mejor sería, para agradarla, no volverse á ocupar más de su persona.

La joven levantó hacia él una mirada suplicante, como diciéndole : sea usted generoso y, en efecto, no se ocupe más de mí. Pero Valentín continuó :

— Pero entonces, ¿ qué se pensaría de mí ? Que era un gruñón, un ser sin galantería. Es, pues, preciso resignarse á sufrir sus sofiones y portarse como uno cree que debe hacerlo, sin tener en cuenta sus caprichos. Así, acaso se llegue á desarmar á usted.

Celina volvió á tomar su aire de provocación :

— Eso no es probable.

— ¡ Bah ! dijo él ligeramente ; yo corro el albur. ¿ Qué puede sucederme peor que ser tratado como lo soy por usted ?

La señora Mossler los escuchaba con asombro. Le parecía descubrir un sentido profundo en aquellas palabras ligeras. Los examinó con atención y los vió poseídos de una emoción que su diálogo no explicaba. Las frases cambiadas delante de ella, ¿ tenían, pues, un doble sentido ? ¿ Celina y Valentín estaban en seria hostilidad ? ¿ Y por qué ? El carácter y las costumbres de su hijo adoptivo ofrecían demasiadas explicaciones y eran éstas bastante graves para que la señora Mossler, una vez despierta su desconfianza, se contentase con las razones que le habían dado los dos antagonistas : se propuso, pues, observarles. Tenía un afecto serio por Celina, y además la joven estaba bajo su techo y la señora Mossler no podía admitir que un huésped no estuviese material y moralmente seguro en aquella casa.

Buscó á Federico Clement y le vió en una mesa de whist con su padre y con Ferraud. Asoció en su pensamiento aquel grave joven, de calvicie precoz, ojos fríos y casi feo, si la inteligencia no hubiera suplido la ingratitud de su cara, y aquella fina, graciosa y seductora Celina. ¿ Qué lazo podía

unir aquellos dos seres que no supiera romper el amor? ¿Estaba hecha para Federico, siempre ocupado, siempre en busca de un negocio, aquella parisiense creada únicamente para el placer y la alegría?

Por una evolución de su espíritu, la señora Mossler pensó en Enriqueta y Valentín. ¿No existía entre ellos la misma semejanza? La mujer reflexiva, apasionada por el arte, curiosa de sensaciones intelectuales, ¿no era el polo opuesto de aquel marido ligero, entregado á las impresiones materiales, gran aficionado á los ejercicios violentos y á los placeres físicos? ¿Había existido en aquellos dos matrimonios una equivocación deplorable? ¿Esas dos parejas, tan mal acopladas, prometían para el porvenir tempestades y naufragios? La señora Mossler no permaneció mucho tiempo inquieta. Su conciencia proporcionaba á su espíritu argumentos morales que la tranquilizaban. Reconocía la influencia de los buenos principios en la vida y no tomaba en serio las exageraciones del moderno escepticismo.

Eliphas pensaba como ella y si hubiera sido puesto en el caso de resolver en asunto tan serio como aquel que preocupaba á la señora Mossler, hubiera mostrado igual confianza. Pero su amiga estaba lejos de querer consultarle semejantes dudas. La hostilidad, ya grande, de su ministro

de la Caridad contra Valentín, hubiera aumentado hasta el punto de hacer imposible toda amistad con ella. ¿Y qué hubiera sido de la señora Mossler sin Eliphas? Si aquel hombre de negocios admirable cesaba de prestarle su concurso, ¿cómo iba ella á salir adelante con la administración de sus fundaciones? Diez secretarios, que la embrollarían sus asuntos y la robarían, no podrían sustituir al benévolo distribuidor de sus beneficios.

Para cortar por lo sano cualquiera intriga comenzada ó cualquier capricho naciente, resolvió llamar á Valentín é interrogarle con seriedad. Sabía de antemano que le costaría caro ser obedecida, pero no importaba esto con tal de obtener el resultado que se proponía. El dinero no era para ella más que un medio de asegurar su autoridad ó su influencia, y ese medio había sido hasta entonces infalible con Valentín. Tranquilizada por esta conclusión de sus meditaciones, se levantó, se despidió de sus huéspedes, acostumbrados á verla retirarse temprano, y al recibir las buenas noches de Valentín, dijo:

— Si tienes intención de ir mañana á París, entra á verme antes de marcharte; tengo necesidad de hablar contigo.

Como hacía cuatro días que la señora Mossler estaba seria con su hijo adoptivo á causa de la terrible liquidación que había pedido y á la cual

ella, por primera vez, se había negado, Valentín entrevió en aquella conversación su vuelta al favor maternal; y pronto á aprovechar las circunstancias, contestó muy amablemente.

— Pero, querida mamá, no quiero por nada del mundo molestarte temprano. Esperaré tus órdenes.

La señora Mossler le miró con complacencia, dulcificada en un instante por su amabilidad, y moviendo la cabeza, como incrédula ante aquellas manifestaciones zalameras, dijo:

— Bueno; está convenido. Te haré buscar en cuanto esté dispuesta. Que duermas bien y trates de traerme mañana resoluciones juiciosas.

Tomó el brazo de Eliphas y salió del salón.

## V

La habitación que ocupaba la señora Mossler era la de la Pompadour; el estrado de balaustres dorados destinado al lecho de la favorita había sido suprimido en tiempo del senador conde de Berland, bajo el primer imperio. La decoración, debida al pincel de Lancret, era la misma y consistía en exquisitas pinturas de asuntos pastoriles, que han sido después reproducidos en tapices por los Gobelinos. Sobre la chimenea había un reloj y dos jarrones de mármol esculpidos por Caffieri y con guarniciones de bronce. El mobiliario, compuesto de un ancho sillón, dos cómodas de palo de violeta, una mesa de madera tallada y dorada y unas cuantas butacas y sillas de tapicería, había sido comprado por la señora Mossler en la almoneda Bertin y pagado á peso de oro. El piso estaba cubierto con una alfombra de la Savonnerie y las